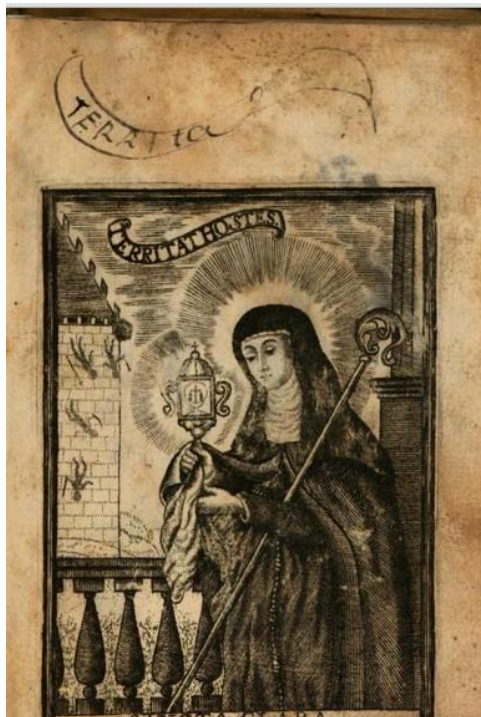


|                             |   |
|-----------------------------|---|
| <b>AUTORA</b>               | Sallent, Mariana  |
| <b>TÍTULO</b>               | <i>Vida de nuestra seráfica madre Santa Clara que escribía sor Mariana Sallent, monja professa en el religiosísimo convento de Santa Clara de la ciudad de Borja. Dedicada al santo Christo del coro del mismo convento.</i>  |
| <b>DATOS BIBLIOGRÁFICOS</b> | Zaragoza: Domingo Gascón, 1700; 160 pp., 8°   |
| <b>EJEMPLAR</b>             | Barcelona, Biblioteca Pública Episcopal del Seminario, 235.3:92 (Cla) Sall; Madrid, BNE, U/1165 y 3-52503 ( <a href="#">texto completo</a> )  |
| <b>NOTAS</b>                | <p>La portada va precedida por un grabado de santa Clara y la autora dedica la obra al santo Cristo del coro. En los preliminares hay poemas de: sor Teresa Sallent, hermana de la autora; fray Tomás González del Campo, monje cisterciense; fray José Antonio de Hebrera, predicador general; don José Lupercio Panzano y Ibáñez de Aoyz, del consejo de su magestad; don Jerónimo Torrijos y Virto, secretario del rey; don Francisco Botello de Moraes y Vasconcelos; y don Francisco Antonio Sallent, Capellán de su majestad. Este conjunto subraya ante todo una imagen de poeta reconocida con una alta conciencia autorial. En los versos iniciales y finales de la obra la autora emplea los topos característicos de la <i>humilitas</i>, pero no lo relacionan con la condición femenina de la autora, sino con lo relevante de su materia narrativa.</p> <p>Esta edición presenta diferencias en los paratextos con la segunda de Valencia, 1703, que añade otra dedicatoria al arzobispo de Valencia y varios textos laudatorios de personas vinculadas a esa ciudad.</p> |
| <b>RESPONSABLE</b>          | Mercedes Marcos Sánchez   |

## GRABADO Y PORTADA DEL EJEMPLAR



[h. 1r] [Grabado representando a Santa Clara en hábito de abadesa, con los signos propios de su iconografía, el báculo y la custodia. Al fondo se representa una torre, desde la que caen hombres armados. En la parte superior se ve una filacteria con la leyenda: TERRITAT HOSTES, y abajo la inscripción SANCTA CLARA]

[h. 1v] [En blanco]

[h. 2r] [Portada]

Vida de nuestra seráfica madre santa Clara, que escribía sor Mariana Sallent, monja profesa en el religiosísimo Convento de Santa Clara de la ciudad de Borja. Dedicada al santo Cristo del coro del mismo convento.

En Zaragoza, por Domingo Gascón, impresor. Año 1700

*Con licencia de los superiores.*

[h. 2v] [En blanco]

[h. 3r]

Al santo Cristo del coro

La vida, Señor, de vuestra esposa Clara busca en la fiel ternura de los pechos altar piadoso al venerable culto de sus heroicas virtudes. Hoy pretenden las lealtades de mi amor desarmar de lunares el olvido. Este sencillo, humilde desahogo de mi afecto, a quien ni contrastaron sutiles

vanidades del aplauso ni acobardaron críticas severidades de la censura, solo aspira a la feliz ambición de alcanzar número entre las reverentes [h.3v] ofrendas, que penden afortunado holocausto de mi adorada Madre. Por vos, crucificado autor de las finezas, ardió dulces incendios el corazón de Clara. Por vos convirtió en gloria los tormentos el hidrópico afán de sus fervores. Y a vos, Señor, se acoge hoy un sacrificio que, a méritos de la elección, siquiera confía que no desdeñará sus benignas aceptaciones vuestro divino amparo; pues cultos que dedica la gratitud a vuestra tierna esposa, deuda son legítima de vuestros pies y apacible soborno de vuestras piedades.

Sor Mariana Sallent

[h. 4r]

De la señora sor Teresa Sallent, hermana de la autora y religiosa en el mismo convento de Santa Clara.

Endechas endecasílabas

Ya, Mariana mía,  
que llega a percibir  
plácidamente el orbe  
acento grave en cítara sutil.

Ya, que el primor dichoso  
de tu diestro buril  
forja elegante estatua  
a la deidad seráfica de Asís.

[h. 4v] Ya, que rondas un sol,  
que en auspicio feliz  
luz mereció llamarse  
en el lóbrego claustro de carmín.

Ya, que esparces fragancias  
de aquel casto jazmín,  
que hermosa maravilla  
floreció de Espoleto en el pensil.

Ya, que cantas a quien  
con garbo varonil

brumó su planta invicta  
los brillantes hechizos del ofir.

Ya, que pautas la vida  
del cándido adalid,  
cuya milicia escala  
las murallas eternas de zafir.

[h. 5r] Ya, que aplaudes aquella  
que a rayos de un viril  
término puso infausto  
a locas esperanzas de una lid.

Ya, que el verdor celebras  
de la frondosa vid,  
cuyos vástagos dulces  
tienen solo al Olimpo por confín.

De mi amante ternura  
oye una vez y mil  
debidos parabienes  
que el gozo ha reservado para ti.

Pero dejo este obsequio  
a quien sabrá medir  
primores de tu pluma  
a sonoros compases de clarín.

[h. 5v]

Del reverendísimo padre maestro fray Tomás González del Campo, monje cisterciense en el Real Monasterio de Veruela, lector de teología de la cátedra de prima en su Colegio de San Bernardo de la ciudad de Huesca.

#### PROGRAMA

Esta vida admirable de la esclarecida virgen santa Clara, bello espejo claro, hermosa cándida azucena de la religión del glorioso serafín san Francisco.

## ANAGRAMA PURO

Saca a la luz del orbe católico la devoción de la señora sor Mariana Sallent, religiosa profesora de la Religión Seráfica, en la ciudad de Borja.

Año M.D.CC

A. B. C. D. E. F. G. H. I. L. M. N. O. P. R. S. T. V. Z. j.

21. 2. 7. 8. 14. 2. 2. 1. 8. 11. 2. 7. 9. 1. 9. 8. 2. 3. 1. 1.

[h. 6r]

Del mismo

Soneto acróstico, cuyas últimas voces forman laberinto.

**M**inerva eres y olorosa acanto,  
**A**stro de erudición en lo brillante,  
**R**ío en lo claro, limpio y abundante,  
 y cisne airoso en su final quebranto.

**A** Clara resucitas, que con manto  
 Negro el olvido cruel, el siglo errante  
 Apagaban fulgores de diamante,  
 Sombras funestas de marmóreo canto.

**A** inmortales memorias eternizas  
 La virtud más heroica, en vida rara;  
 Llamas sacas de pálidas cenizas.

**E**terna vida da tu pluma a Clara  
 Noble, porque a tu madre solemnizas  
 Te venera el respeto, y ARA PARA

[h. 6v]

A la señora sor Mariana Sallent y su dulcísimo numen. Del reverendo padre fray José Antonio de Hebrera, predicador general, ex definidor y cronista de la santa Provincia y del nobilísimo reino de Aragón, y ex secretario general del Orden de Nuestro Padre san Francisco.

## Romance

¡Oh tú!, del Pindo más sacro  
discreto espíritu noble,  
águila real que apuras  
en una luz, muchos soles.

[h. 7r] ¡Oh tú!, de tu Clara madre  
sonoro clarín acorde,  
que eternizas sus prodigios  
con el alma de tus voces.

¡Oh tú!, de nuestro terreno  
parto envidiado del orbe,  
dando al mexicano asombro<sup>1</sup>  
divinas emulaciones.

¡Oh tú!, religiosa Pafos,  
cuyo entusiasmo compone  
distancias de los sentidos  
para ver lo que se oye.

Inspírame tú, pues eres  
del obelisco bicorne  
tú sola, los nueve influjos,  
mas con influjos mejores.

[h. 7v] Nada sin ti en tus aplausos  
podrá mi numen informe,  
con que es preciso, en tu obsequio,  
que tus auxilios implore.

No hiperbólico me juzgue  
sino quien no te conoce  
ni sabe que a cada acento  
tuyo un pasmo corresponde.

Si por el proto-romance  
que escribió Mendoza el bronce

---

<sup>1</sup> Referencia a sor Juana Inés de la Cruz.

temió que le apurarían  
sus minas para su nombre,  
cuantos tu romance vean  
¿qué dirán, eh? que se esconden  
de estos y los otros siglos  
los inmortales padrones.

[h. 8r] Escribió aquel de la luz  
todo un cielo de esplendores,  
y tú de Clara en la vida  
las once esferas encoges.

No sé yo si será elogio  
decirte que andáis conformes:  
a las obras me remito  
y los críticos perdonen.

Sea el laurel a tus sienes  
quien deba las presunciones  
sin pensar que son sus ramas  
dignas de que te coronen.

Y calle, en fin, con tus coplas  
la arrogancia de los hombres  
y la razón, no el obsequio,  
las confiese superiores.

[h. 8v] Yo, que tu numen aplaudo  
y tus nuevas locuciones,  
temo decir que comprendo  
el alma de sus primores.

Vive inmortal y la fama  
pierda el crédito de noble,  
si ya en los aplausos tuyos  
su dulce clarín no rompe.

Y su seráfica madre  
premie en sagrados favores

lo que en conceptos sutiles  
en gloria suya compones.

[h. 9r]

Don José Lupercio Panzano y Ibáñez de Aoyz, del consejo de su majestad, y su secretario en el supremo de Aragón, hizo a la poetisa en el anagrama de su nombre la décima siguiente y, en su elogio, el soneto que va después.

Décima

Anagrama de Sallén  
es de *llenas* la palabra,  
que tu propio nombre labra  
tu propio elogio también.  
Por eso llenas se ven  
coplas tan puras, tan buenas,  
tan airosas, tan amenas,  
tan claras, tan sin errores,  
todas llenas de primores  
y todas de aciertos llenas.

[h. 9v] Soneto

Como la luz del sol, que si dispara  
toda la esfera en resplandor al orbe  
sin que la sombra por tenaz le estorbe  
en su misma contienda se hace Clara,  
así tu ingenio en apurar la rara  
luz de tu Clara luz, que a rayos sorbe  
piélagos de esplendor (por más que encorve  
su bollado cristal) más se declara.

Si ángel fue Clara, que en la esfera suma  
rodeó el propiciatorio en sus confines,  
de custodia de Dios Clara presuma  
y, unida a quien la aplaude en altos fines  
velando entrambas con mullida pluma,  
catre ofrezcan al sol dos querubines.



[h. 10r]

Don Jerónimo Torrijos y Virto, secretario del rey y veedor por su majestad de los presidios de Aragón, por obedecer a la poetisa dice lo que entiende en estas Octavas.

Mandas que mi silencio fíe al labio  
su tarda voz, absorto a tanta obra,  
donde lo dulce pugna con lo sabio,  
y el idioma está puro sin zozobra.  
Describir nadie puede sin agravio  
tal numen y mi juicio está de sobra,  
mas ¿cuál podrá bastar, si en tal conquista  
toda el alma se estrecha con la vista?

Del tracio se retire el instrumento  
al cóncavo profundo, en dulce olvido,  
y escuche el orbe todo su concento  
a golpe de elocuencia suave herido:  
que inspiración sagrada noble aliento  
de elegante clarín ha reducido  
hechos de Clara, glorias excelente,  
a números de luz más permanentes.

[h. 10v] Calle Talía y oiga sin agravios  
tu voz, reverenciando sus primores.  
Todo su ministerio dé a tus labios,  
toda su fama dé a tus esplendores  
si en tus escritos los conceptos sabios,  
sirven el fruto sin ajar las flores  
debiendo a los raudales de tu vena  
fecunda vid en campo de azucena.

De eterno bronce pórvido bruñido  
láminas te consagre la memoria,  
pues de hoy más reveladas al olvido  
vivirán las noticias de esta historia,  
y las hebras de luz con que has tejido

la guirnalda de Clara y su custodia  
las anude la fama en su turbante  
eternizadas líneas de diamante.

Si por los golpes del pincel se arguye  
a la mano que anima el movimiento,  
siendo el primor o el yerro quien construye  
por el ejemplo todo su argumento,  
dime, beldad sagrada, ¿quién te influye  
ese rasgo historial, nuevo concento,  
si el vuelo de tu pluma se ha excedido  
confusión de la vista y del oído?

[h. 11r] Tan vivas las facciones representa  
ese docto pincel que al mundo llama  
a rasgos de elocuencia cuando inventa  
copiar del sacro amor pura la llama,  
y tantos más incendios acrecienta  
que lo visible en lo imitado inflama,  
dando tal fuerza a todas sus verdades  
que hasta en las sobras muestra realidades.

Todas cuantas explicas perfecciones  
son trasunto fiel de Clara bella,  
o ya del cielo ocupe las mansiones  
o ya del firmamento alumbre estrella  
y óptica de su luz en atracciones  
de sacro vuelo observa débil huella,  
aún su espíritu abultas y, aplaudido,  
del alma la armonía haces sonido.

Primero a ti del esplendor del día  
el sacro Apolo te ilumine, en tanto  
que te jure deidad, nueva Talía,  
y al inmortal peñasco eleve tanto  
que escuche el orbe solo tu armonía

teniendo en Clara un trofeo santo  
que envidia dé y ejemplo a las edades  
y viva con tu fama eternidades.

[h. 11v]

Don Francisco Botello de Moraes y Vasconcelos, a la dulzura con que la señora poetisa se desempeña en este romance.

Soneto.

Elevada al empíreo Clara santa  
se unió a su amante en solio de astros hecho,  
si blanco cielo la hostia era a su pecho,  
hollado el cielo ofrenda es a su planta.

¡Mas, ay, que el cuerpo o velo, que fue a tanta  
grande alma prisión dulce en nudo estrecho,  
yace en la tierra pálido y deshecho  
por filo atroz, que lo vital quebranta!

Sentía el alma (aunque alto bien resuma)  
que al santo cuerpo amarillez lo asombre  
y no ascienda como ella a gloria suma.

Mas ya el cielo, por darle igual renombre,  
trazó en las suavidades de tu pluma  
eternidad dulcísima a su nombre.

[h. 12r]

El doctor don Francisco Antonio Sallent, canónigo, capellán de su majestad en la iglesia de Borja, comisario de la santa cruzada y examinador sinodal del obispado de Tarazona responde a su hermana en este romance heroico.

Mal, Euterpe canora del Ibero,  
tu noble rasgo a mi cariño fías,  
porque para censura tan delgada  
tiene dulce el amor ciega la lima.

Mal llegará el afán de mi cuidado  
al ilustre sudor de tu fatiga,

que hace bronco el sonido de mi leño  
la hechicera dulzura de tu lira.

Cada vez que incansable me arrebató  
el ansia de escuchar tus melodías,  
[h. 12v] en el piélago dulce de tu gloria  
lo que empieza milagro acaba envidia.

Cada vez que el deleite de los ojos  
traslada al corazón suave armonía  
del pulsado blasón de tu instrumento,  
raya en solo el aplauso la noticia.

Tan cultamente tierna imprimir sabes  
amores de tu madre esclarecida  
que el pecho que se niegue a tu elocuencia  
le costará al cincel vana porfía.

Tan faustamente venerada al orbe  
publicas la deidad sacra de Umbría  
que parece nacieron tus conceptos  
en la cuna dorada de la dicha.

De mover riscos, de parar corrientes,  
desluces alabanza peregrina,  
tanto, que a vista de tu plectro ufano  
los primores del tracio son ruínas.

De dar aliento a mármoles helados,  
gallarda emulación mueves a Fidias,  
[h. 13r] tanto, que el simulacro de sus llamas  
a vista de tu luz duerme ceniza.

No es mucho que tu numen abrasado,  
buscando la espumante monarquía,  
busque de Asís la deliciosa playa,  
que donde quiere amor, allí respira.

No es mucho que en el valle de Esopoletto,  
eco a tu voz responda la alegría,

si reverdece en fértiles fragancias  
tu hermosa Tempe su mejor delicia.

¡Oh, la délfica llama brilladora,  
fecunda inspiración, siempre divina,  
en tu florida sien nunca marchite,  
triunfante ramo de beldad esquiva!

¡Oh, siempre para honor de madre tanta  
en tu diestra elegante, cuando escribas,  
volátil Jove se desarme pluma  
y fresco Pindo se derrame tinta!

[h. 13v] [En blanco]

[p. 1] [Comienza la obra]

Jesús, María, José.

Vida de la seráfica madre santa Clara. Romance.

Extática madre mía,  
sagrado, hermoso embeleso  
del afán de mis amores,  
del imán de mis deseos.

[p. 2] Tranquilo, profundo, alegre  
piélago, donde el afecto  
sonda en los mismos peligros  
la inmunidad de los riesgos.

Embarcación peregrina,  
que al son de plácidos vientos  
duerme en las cándidas velas  
la fatiga de los remos.

Enigma dichoso, a cuyo  
tierno corazón vinieron  
ancho el mar de la bonanza  
y el de la tormenta, estrecho.

Primavera, en cuyo verde  
confín el Fabonio lento  
pimpollos peina, que nunca  
desgreña enojado el cierzo.

[p. 3] Bella azucena del valle,  
que entre rosados bostezos  
fragante saluda al sol  
el ámbar de tus alientos.

Rubia coronada espiga,  
que al dorado montón terso  
de tus trojes viene a ser  
el orbe angosto granero.

Oliva especiosa, a cuyo  
luciente licor debieron  
prudentes lámparas claros,  
inextinguibles incendios.

Frondosa vid, que de ópimos,  
fértiles, sacros sarmientos  
vino de vírgenes puras  
rinde en lagares eternos.

[p. 4] Rico vaso, a cuyo limpio  
cristal confiesan sin ceño  
ya sus envidias el Ganges,  
ya sus olvidos el Hermo.

Pájaro noble, que al dulce  
pico le ofreces por cebo  
jazmín, cuya planta inundan  
perlas de amoroso riego.

Risco firme, en cuyo largo,  
grande, heroico sufrimiento  
jamás le volvió al suspiro  
tristes alivios el eco.

Filomena, que enamoras  
el jardín en cualquier tiempo,  
si cantas con tu dulzura,  
si callas con tu silencio.

[p. 5] Parque, donde cada flor  
da al esposo en dosel fresco  
alfombras para el coturno,  
coronas para el cabello.

Íncлита, feliz Atlante,  
a cuya mano el supremo  
augusto Señor le fía  
la esfera de sus imperios.

Águila, cuyos castizos  
claros, sublimes polluelos  
con lince pestaña cuentan  
los rayos al mejor Febo.

Seráfica luz, en cuya  
flamante hoguera pretendo  
que ardan de mi amor los cortos,  
tibios, humildes inciensos.

[p. 6] Clara, con solo tu nombre  
sobran de honor epítetos,  
pues siendo Clara lo más,  
todo lo demás es menos.

Permitid que se trasluzcan  
por culto del nombre vuestro  
las finezas del cariño  
en los rigores del metro.

Tímida escribo tu vida  
siendo en volumen estrecho,  
larga ofensa de tus glorias,  
corto arbitrio de mis yerros.

Ilustrad propiciadora,  
generosa mía, el feo,  
el rudo, el desaliñado,  
tosco estilo de mis versos.

[p. 7] Sirva de pauta a mi asombro  
de tu luz algún sereno,  
cándido, puro, apacible,  
sacro, agradable destello.

Fausto rasgo de mi pluma  
tan alto extiende su vuelo,  
que equivoca en osadías  
holocaustos del respeto.

A breve epílogo aspiro  
de tu vida, pretendiendo  
que hoy hagan eco en la lira  
milagros que adora el pecho.

Preste a mi desconfianza  
tu noble piedad aliento,  
no a vista de asunto grande  
desmaye caudal pequeño.

[p. 8] Pero en vano se le ofrece  
a mi cuidado el recelo,  
que no hay peligro de escollos,  
donde todo el mar es puerto.

En cuya fe, porque ceda  
el ocio al sudor, descuelgo  
del seco laurel mi ronco,  
mi desacordado plectro.

Asís, ciudad venerada,  
de Umbria fecundo suelo,  
a quien de Asís los cristales  
antiguo nombre la dieron...



.....

[p. 156] Concluido el funeral rito,  
fragante el cuerpo pusieron  
en urna, que el orbe adora,  
firme padrón de portentos.

Ya, divina Clara mía,  
sacro mar, donde corrieron,  
si bonanzas, el cariño,  
tempestades, el acierto.

Ya el desaire de los rasgos,  
rubores cuesta a mi plectro,  
pues lo que aspiró a pintura  
apenas llegó a boquejo.

Ya la desconfiada prenda  
descansa en catre de hielo.  
¡Oh, temple tu amor el justo  
carámbano de mis miedos!

[p. 157] Ya el ansia de que a tus plantas  
llegue el borrón de mis versos  
sirve de que con la sombra  
resalten más los reflejos.

Ya, aunque don humilde, buscan  
las paredes de tu templo,  
donde, si no como aplauso,  
penderán como respeto.

Admitidlos, porque están  
finamente interrumpiendo  
prescripciones al olvido  
y cláusulas al silencio.

Ya tu piedad indeciso  
deja el desmayo, pues tengo

un temor que no es zozobra  
ni deja de parecerlo.

[p. 158] Ya respiro, mas, ¡qué mucho  
si a tu patrocinio debo  
benignidades!, que ofende  
groseramente el recelo.

Ya a los piadosos favores  
de tu grande amparo veo,  
que están las seguridades  
burlándose de los riesgos.

Ya en playa risueña miro  
ligado al árbol el lienzo,  
despicando los afanes  
la ociosidad de los remos.

Ya surta la nave, fía  
a las arenas el ferro,  
y el cristal, que fue peligro,  
lisonjas brinda de espejo.

[p. 159] Perdonad, noble, adorado,  
hechizo mío al obsequio  
la cortedad o lo ardiente  
abogue por lo pequeño.

No desdeñéis, peregrino  
origen de mis consuelos  
cultos, que ofrece a tus aras,  
cobarde, animoso aliento.

No permitáis, dulce madre,  
(pero si te reconvengo  
con tal alta dicha mía  
¡oh, qué vanamente temo!)

No permitáis que este pobre,  
cordial, reverente feudo,

se niegue voto al divino  
sitial luminoso vuestro.

[p. 160] A vos se encamina todo  
el tierno afán de mis ruegos,  
a vos, Clara, a vos que sois  
mi fiel venerado centro.

A vos se acoge este mi  
métrico, rudo desvelo.  
¡Oh, ya disculpe lo amante,  
piadoso error a lo ciego!

Felizmente agradecida  
en vuestros altares cuelgo  
la tabla de mis peligros,  
lámina de mis afectos.

Laus Deo



Bieses

Bibliografía de Escritoras Españolas